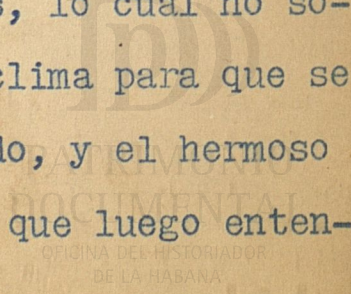


X

Cuando aun escasamente conocía yo lo material del país, y eran aun tan solo conocidos míos los que tuve luego la fortuna de que fuesen amigos, una mañana temprano, llegó uno á buscarme y me propuso un paseo á un ingenio, ó finca de azúcar. Ya conocia yo sobrado, por esperiencia, la hospitalidad americana, pra titubear un instante en aceptar semejante ofrecimiento, pues, sé que para los corazones nuevos de nuestros hermanos, la hospitalidad no es todavía un deber, sino una satisfacion. Acepté por lo tanto, y antes de las ocho de la mañana, mi amable amigo y yo estábamos á media hora de la Habana, en Garcini, en el establecimiento de los carros de vapor. Allí supe, con dolor cuanto en otro párrafo he dicho con respecto á los inconvenientes opuestos á que el camino de hierro se extendiese hasta las puertas de la Habana, inconvenientes que dichosamente ha desaparecido.

Es uno solo el carril construido y uno solo el tren que diariamente sale de la Habana para Güines. El cual sale ahora del primer punto á las siete, descansa algo en el segundo, y está de regreso antes de las dos de la tarde. La distancia es de 44 millas. Los carruages que componen el tren son pesadísimos coches ingleses, forrados de mullidos almohadones, lo cual no solo es inconveniente, sino que es contrario al clima para que se quieren adoptar. Me parecieron en muy mal estado, y el hermoso camino no muy cuidado. Consistía aquello, a lo que luego enten-



dí, en que por entonces se trataba de la venta del ferro carril por la junta de fomento, su constructora, y bien conocido es cuanto entibia el celo la seguridad de la ganancia y el término de un bien.

Nuestra escursion por entonces no se estendia mas que á la mitad del camino. Ibamos á San Felipe para, de allí, dirigirnos á la Sonora.

Emprendimos la marcha á las ocho en punto. Desde luego noté menor velocidad que la que otras veces habia experimentado en Inglaterra. Apenas andábamos cuatro leguas españolas por hora; pero, se me esplicó que las máquinas eran susceptibles de dar velocidad mayor. Al salir de la Habana, admiré desde luego, sus magníficas cercanías. Las magníficas quintas que por aquellos campos se ven, escitaban la cuirosidad del viagero. La del Conde de Villanueva, que es en el dia superintendente general de Hacienda, y la persona mas influyente y poderosa de su país, llama la atencion. Una elegantísima casa, construida bajo un sistema correcto y rico, estensos jardines, con estraños árboles, con flores, fuentes y estatuas soberbias, verjas de hierro y bronce, todo está ordenado para aumentar el recreo. No lejos de esta hállase situada la del conde de la Fernandina, de la cual se pueden hacer los mismos elogios. La del conde de Santovenia, cuya casa es todavía con su pórtico griego, mas suntuosa y elegante. A la izquierda ofrece á la vista

la del conde de Casa Lombillo, y de todas maravilla y encanta la blancura de las casas, lo verde de los campos. A pesar mío me asaltó un recuerdo entonces de mi patria, y á mi imaginación vinieron los prosaicos alrededores de Madrid, esos mis ricos compatriotas que gastan en toros y caballos sus caudales, sin que apenas uno de ellos tenga inmediato á la capital un sitio de recreo, para bañarse en los ardores del verano. Recordé la opulencia antigua de nuestra grandeza, y la oscuridad en que vive, cerrados sus estensos salones, empolvados sus antiguos cuadros y empañados sus anchos cristales. Y no pude de tener por entonces lástima de los pueblos viejos, como tan amenude la tengo de los pueblos nuevos!

Vi entonces una riquísima vegetacion, campos sembrados de hermosas piñas, que con sus doradas hojas, estendidas, simétricas, como las del Sagú, forman una reducida, pero elegante taza. Vi los platanos abandonados, sin simetría, con sus ancha hojas tendidas al acaso, ciertos de dominar por la riqueza de su esquisito y útil fruto. Vi los bastardos cocoteros, que son el camello de los vegetales, torcidos, encorbados, pero útiles por su pesada y dura fruta. Vi los campos cubiertos de esa bienhechora verde caña que cuando la brisa suavemente la abate, inclina su frente murmurando dulcemente. Vi por fin la erguida altanera palma, tan rica en hermosura, como en utilidad. Y en suma, cuanto vi por aquellos sitios sobre la tierra, todo llevaba en sí el germen de una fe-

licidad y abundancia regalada. Todo cuanto nace sin cuidado, como la palma silvestre que mano ninguna plantó, hasta la delicada planta del tabaco, todo allí es útil, todo casi necesario.

Busqué en vano ese clima ardiente en el cual suponemos los europeos que llueve fuego; una brisa benigna y consoladora refrescaba mi frente y recordé, apesar mío, ese cielo risueño y bienhechor de Lima, bajo el que siempre reina una eterna primavera. Entonces conocí cuan torpemente calumniamos los pueblos, unos á otros, y perdoné á Montesquieru y á Dickens, el haber calumniado á un pueblo que no les era conocido. Entonces me cercioré de que los viages deben entrar en la educacion de los hombres destinados á las carreras del gobierno, porque á menudo son absurdas las leyes, cuando es ignorante del pueblo para que las dicta el legislador. Y me lastimé de ver cuan absurda idea tiene Europa de esa rica y jóven América que un dia ha de dominar al mundo. Porque, si el sol luce en el antiguo continente, cuando el nuevo, aun no ha despertado; el sol hace todavia en el nuevo, cuando el viejo duerme ya. Así el crepúsculo de la mañana es nuestro, el de la tarde, suyo.

Engolfado en estas y otras ilusiones que llevan el sello del cosmopolitismo, detúvose el tren conducido por el vapor, en el sitio llamado de San Felipe. Esperábamos allí un ligero carruage, y quince minutos despues, estábamos ya en el ingenio de la Sonora.

Mucho interés ofreció para mí el estudio de aquella posesion, lo uno por ser la primera que en aquel país veía yo, lo otro por ser naciente, y lo otro por la actividad de su poseedor, el señor Mantilla, mi amigo.

La casa no es grande, pero es cómoda; el sistema de fabricacion no es moderno, no se hace por medio del vapor, pero es rico y bien entendido, y la laboriosidad y celo, es sin igual. Rompiase aquel día la molienda, y presencié, por lo tanto, aquella sencilla, pero solemne operacion. A la primer caña colocada en el cilindro, los negritos conductores y acompañantes de los bueyes, empezaron un monoton, pero tan continuado canto, que no cesa sino cuando cesa la molienda que es algunas horas cada semana.

En este capítulo no relato yo el sistema de moler, ni describo todavia el ingenio, sino que doy cuenta de mis primeras impresiones.

Eramos á lo mas diez blancos, en aquel establecimiento que tenia mas de doscientos negros, y sin duda era yo el único de aquellos que me consideraba como navegante en piélago proceloso. Tantas y tan terribles consejas nos han contado de ese odio de los africanos, tanto nos han asustado con los horrores de Haiti, que, entre ellos, el hombre nuevo, cree un favor del cielo su conservacion. Mas tarde cuando conoce la sencillez y aislamiento de los esclavos, el blanco vive entre ellos, mas seguros que entre blancos de igual escasa educacion. Pero, la pri-

mera noche que un europeo pasa en un ingenio de Cuba no duerme; sea el canto no interrumpido de los negros, sea el recuerdo de la desnudez de estos infelices, sea la compasion á los trabajos ciertos y supuestos que sufren, sea en fin cualquier otra circunstancia, es lo cierto que el sueño huye de todos los párpados, como huyó de los míos.

En esta finca empecé á conocer la fabricacion del azucar y el sistema de agricultura del país, cuyos conocimientos perfeccioné, no poco, mas tarde, y de los cuales me valdré en este libro. Allí ví igualmente un cuadrante colocado por el celebre Humbold sobre el cual medité mucho, y mucho meditarán los venideros visitantes del bello ingenio.

Me retiré al siguiente dia muy satisfecho de la hospitalidad del señor Mantilla, y admirado de los adelantos en su fortuna, debidos á una laboriosidad y á un amor á sus hijos que no tiene límites.

(p 99 a 105.)